

Notas de la homilía para el domingo 19 de julio de 2020, 16 del tiempo ordinario

Lecturas: Sabiduría 12:13, 16-19, Sal 86: 5-6, 9-10, 15-16, Romanos 8: 26-27, Mateo 13: 24-43

Resumen: Nuestro tema es la paciencia para sacar las malas hierbas del jardín del Señor. Pero a diferencia del trigo y las malezas, los seres humanos pueden cambiar. Pueden cambiar de malas hierbas a trigo bueno, pero también pueden degradarse de trigo bueno a malas hierbas. Como buenos mayordomos (discípulos) sabemos que seremos responsables del uso de nuestro tiempo, talento y tesoro para construir y proteger a las buenas personas en el Reino de Dios.

1. Nuestra primera lectura, del libro de la Sabiduría, nos recuerda que nuestro Dios es tan justo como amable, todopoderoso, pero también misericordioso. La justicia de Dios significa que habrá un juicio final. La misericordia significa que Dios nos ayudará a estar listos. Llegará el día en que tendremos que rendir cuentas de lo que hemos hecho con todo lo que nos ha confiado durante nuestra vida. Alentamos por su amor y su misericordia.

2. Parte de las buenas noticias es que nunca estamos solos en este trabajo. Se nos recuerda en nuestra segunda lectura: "El Espíritu viene en ayuda de nuestra debilidad ..." Debemos recurrir al Espíritu Santo continuamente para guiarnos en nuestra vida diaria como discípulos del Señor. El Espíritu Santo es la fuente de toda sabiduría. Él revelará a cada uno de nosotros la voluntad del Padre para nosotros. Y Él nos dará la fuerza que necesitamos para permanecer fieles a nuestra misión.

3. En la primera parábola de la lectura del Evangelio de hoy, Jesús compara el Reino de Dios con un hombre que siembra buen trigo en su campo, pero en la oscuridad de la noche llega un enemigo y siembra mala hierba en el mismo campo. Tanto las malas hierbas como el trigo pueden crecer y solo en el momento de la cosecha se separan o "juzgan": el trigo se reunió en el establo del sembrador y las malas hierbas finalmente son quemados. Así será para cada uno de nosotros al final de nuestro tiempo en la tierra. Es un recordatorio de la justicia pero también de la misericordia de Dios.

4. Solo un poco de historia. Este no fue un crimen poco común. La ley romana proporcionaba castigo a alguien que hizo esto. La hierba, zarsa, se parecía mucho al trigo pero en realidad era venenosa. Si se procesa con el trigo, enfermaría violentamente a las personas. Pero, afortunadamente, los humanos son diferentes de las plantas.

5. La buena noticia para nosotros es que podemos cambiar; podemos arrepentirnos Podemos comenzar como una mala hierba pero terminar como un buen trigo si nos volvemos a Jesús y lo servimos en nuestras ofrendas de tiempo, talento y tesoro. Si no somos más que fieles administradores de los dones que nos han sido confiados, llegará el día en que "brillaremos como el sol en el reino del [Padre]". Si ahora parecemos ser malas hierbas, arrepintámonos, cambiemos nuestras vidas y seamos buen trigo. Dios está esperando para ayudarnos.

6. Otra lección es que debemos ser pacientes. Inicialmente, el trigo y las malas hierbas no se pueden distinguir. Pero en el momento de la cosecha se puede distinguir claramente. Por lo tanto, debemos estar dispuestos a ser pacientes durante toda la temporada de crecimiento de una persona (por toda la vida) porque no sabemos hasta el final de la vida quién será realmente bueno o malo. La paciencia y el discernimiento son valores esenciales para el cristiano.

7. Del monaguillo al Papa: "¡Tíralos! ¡Tíralos afuera!" Era el año 1770, y en una pequeña iglesia italiana, dos monaguillos se prepararon para la Bendición. Annibale Della Genga y Francesco Castiglioni entraron en la sacristía, se pusieron sus albas y agarraron los pesados candelabros de bronce. Y luego comenzaron a pelear.

Discutiendo sobre quién se pararía a la derecha del sacerdote para la procesión, su objeción se convirtió en una pelea de gritos. Los feligreses alarmados volvieron la cabeza hacia la parte posterior de la iglesia para ver la conmoción, y fue entonces cuando sucedió: Castiglioni golpeó a Della Genga en la cabeza con su vela.

La sangre goteó de la cabeza de Della Genga, y ambos muchachos comenzaron a empujarse entre sí. Los feligreses sorprendidos gritaron: "¡Tírenlos! ¡Tíralos afuera!" Entonces el sacerdote avergonzado agarró a los niños, los condujo a la puerta y los arrojó fuera de la iglesia.

8. Ahora avanza varias décadas hasta 1825. Medio millón de personas se reunieron en Roma para la gran celebración del Jubileo. El Jubileo ocurría cada 25 años, y su gran clímax fue la apertura de la Puerta Santa en la Basílica de San Pedro. Tradicionalmente, el Papa tocaba la puerta tres veces con un gran martillo de plata y cantaba: "¡Ábreme las puertas de la justicia!" Al tercer golpe, la puerta se abriría y el Papa entro con sus feligreses. El simbolismo era rico: peregrinos de todo el mundo regresaban a su hogar en la Iglesia, siguiendo a su líder a través de la gran "porta fidei," la "puerta de la fe". Entonces, este año de Jubileo, frente a miles de peregrinos, el cardenal Della Genga se dirigió a la puerta. Fue cincuenta y cinco años después del incidente de la vela. El cardenal Della Genga, que se había convertido en el papa León XII, se acercaba a la puerta. Dirigiéndose al cardenal a su lado, el cardenal Castiglioni, el Papa dijo: "Déjame tener el martillo". Con una sonrisa astuta, Castiglioni respondió: "¿Igual que te di el candelabro?" Sorprendentemente, cuatro años después Castiglioni sucedió a su amigo y se convirtió en Papa, tomando el nombre de Pío VIII. Ahora, si le dijeras a alguno de esos cuidadores de bancos en 1770 que tenían dos futuros Papas en la parte posterior de su iglesia, te hubieran reído del edificio: "¿Esos dos muchachos? ¿Los que se estaban empujando y golpeando con velas? "El Evangelio de hoy nos da la buena noticia de que Dios puede cambiar hasta malas hierbas en buen trigo.

Estas son buenas noticias para nosotros durante este tiempo. Esto significa que somos guiados para ser pacientes y comprensivos en todas nuestras relaciones con la esperanza de que mejoren. En nuestros matrimonios es más probable que perdonemos y tengamos la esperanza de un cambio para lo mejor. Con nuestros hijos sabemos que podemos relajarnos un poco y esperar ver crecimiento y madurez si las influencias correctas están presentes. El Señor nos ha prometido el don del Espíritu Santo para ayudarnos en cada situación. No nos rindamos ante nadie ni ante ninguna situación. Dios aún no ha terminado con nosotros todavía.